

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Cuerpo y afecto. Entre el olor y el sabor del otro.

Nina Cabra.

Cita:

Nina Cabra (2009). *Cuerpo y afecto. Entre el olor y el sabor del otro.* XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/2141>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbW/5Nn>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Cuerpo y afecto

Entre el olor y el sabor del otro

Nina Cabra

*Universidad Central. Línea de jóvenes y culturas juveniles IESCO
y Departamento de Comunicación Social y Periodismo
Universidad de los Andes. Doctorado en Antropología, Colombia*

En el marco de la investigación “**IMÁGENES DE CUERPO Y SEXUALIDAD DE JÓVENES BOGOTANOS**” realizada por la carrera de Comunicación Social y el IESCO, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos de la Universidad Central de Bogotá, Colombia, se propuso una exploración de las prácticas de cuerpo y sexualidad de la colonia, con el fin de generar un escenario de contrapunto genealógico. Básicamente, esta propuesta se orienta a la posibilidad de contrastar prácticas de cuerpo en momentos distintos y distantes en el tiempo, inscritos en la ciudad de Bogotá, antes Ciudad de Santafé de Bogotá, en el Nuevo Reino de Granada.

En el marco de este análisis, la colonia se configura como momento fundacional o nodo genealógico de las prácticas de cuerpo y sexualidad de la ciudad de Bogotá. Esta consideración parte de la base de que las prácticas sociales son el resultado de procesos históricos y de decantaciones y giros de significaciones que refuerzan tendencias tradicionales o inauguran posibilidades distintas de trazar y habitar los espacios simbólicos de las prácticas de cuerpo y sexualidad.

Desde esta perspectiva, se propone el contraste del análisis de las prácticas y tendencias coloniales, en lo relacionado con prácticas de cuerpo y sensibilidad, con algunos de los hallazgos de la investigación aplicada a jóvenes bogotanos. La metodología de trabajo se basó en el análisis de historiadores especializados en la colonia, y en entrevistas en profundidad, diseñadas a partir de un banco de preguntas realizadas por jóvenes entre los 18 y los 25 años de edad. El equipo de investigación aplicó más de 55 entrevistas en profundidad, y seleccionó un corpus final de análisis integrado por 30 entrevistas (15 mujeres y 15 hombres). Los resultados presentados en este documento, dan cuenta del capítulo dedicado a las hiperestesias, o lugar que ocupan los sentidos en las experiencias de cuerpo y sexualidad para los jóvenes entrevistados.

LA SENSIBILIDAD: DELITO DE FE EN LA COLONIA SANTAFERREÑA

En términos generales, las diversas fuentes consultadas nos muestran un panorama represivo, pero al mismo tiempo, desmesurado y fuera de control en los aspectos relacionados con la sensibilidad. La contradicción de los cuerpos consiste en que, por un lado, son sometidos a fuertes ejercicios de control y de persecución, pero, al mismo tiempo son exaltados y movilizados por experiencias sensibles de la más diversa naturaleza. Varios cronistas de la época y analistas de la colonia, resaltan el hecho de que los cuerpos coloniales estaban expuestos a experiencias de descubrimientos de sabores y olores fascinantes e irresistibles.

Es importante señalar que la conquista y la primera fase de la colonia en Santafe, fue protagonizada por cuerpos españoles masculinos. Esta situación implica factores clave en la constitución de las relaciones de género y en las consecuentes relaciones de poder imbricadas en estos encuentros. Un elemento importante de este momento fundacional, es el hecho de que “los años de la conquista y colonización coincidieron con la época de esplendor de la misoginia europea. Las facetas de la demonización de la mujer cubrieron todos los campos culturales: desde sus respectivos discursos, los teólogos, los médicos, y los juristas defendieron la condición de inferioridad y debilidad femenina”. (Borja, 1998, p.269). Adicionalmente, las mujeres indígenas se presentan como una forma de feminidad completamente desconocida para estos hombres, que oscilaban entre el temor y la fascinación.

Tanto en la conquista como en la colonia, los hombres españoles, y después los criollos, a pesar de las regulaciones y controles de las autoridades, dieron rienda suelta a sus instintos y deseos, con las mujeres indígenas y, posteriormente, con las africanas, mulatas y mestizas. Pero es importante

señalar que la tendencia de percepción de los hombres españoles determinaba cierto tipo de relación con las mujeres. “La sexualidad, por ejemplo, seguía siendo una de las situaciones que tocaba la sensibilidad misógina del español y de sus descendientes criollos.” (Borja, 1998, p.223) Esta sensibilidad misógina se expresaba de diversas maneras y generó un escenario de contradicciones y situaciones pasionales conflictivas en extremo.

Varios autores señalan que esta situación contaba con una cierta complicidad por parte de las autoridades españolas. Un cronista de la época nos dice que “Jamás se ha visto que sobre este caso se haya hecho ningún castigo por la justicia, ni aun siquiera imponer terror o temor los muchachos que nueva y libremente crían, de los cuales pocos hay que no se precien de tener una y dos y tres mancebas indias o mestizas...”(Borja, 1998, p.230) Los hombres españoles y los criollos se configuran como *conquistadores*, en todos los sentidos posibles del término, y ejercen su poder en las escenas de lo público y de lo privado.

En este escenario de relajación de las normas, se buscaron estrategias de control muy diversas. Y fue la iglesia la encargada de encontrar un remedio para este mal. Uno de los representantes de la iglesia en Santafe, propone un remedio proverbial para la *lujuriosa y desenfrenada actitud de los hombres*: “Como no puede dejar de haber indias de servicio, es necesario haber quien los reprima de ellas; y esto son sus legítimas esposas de ellos. Al consolidarse la organización colonial, la mujer volvía a ocupar su antiguo lugar: para los hombres ocasionaban más problemas que felicidad. (Borja, 1998, p.271) La esposa española aparece como una instancia de control, traída por orden expresa de la iglesia y con la misión de contener los desafueros de la carne de sus maridos.

Las mujeres quedan instaladas en posiciones tensionadas en torno a la figura del hombre y a sus posibilidades de sostener un vínculo afectivo, sexual o conyugal (que no necesariamente implica los anteriores). Es evidente que uno de los elementos determinantes de la declarada inferioridad de las mujeres en Santafé, es la dependencia económica de los hombres. En este escenario, y enfrentadas a la liberalidad sexual de los hombres, que ya habían mostrado su gusto por la poligamia, la sexualidad se configura como un campo de acción muy conflictivo. Adicionalmente, los cuerpos de la Santafe colonial, estaban inscritos en un campo muy denso de prácticas mágico religiosas.

Y aunque cada una de los pueblos involucrados en la colonia santafereña (español, indígena y africano) contaba con una tradición mágica ancestral, “la magia amatoria fue el espacio común de la hechicería de las blancas y de la brujería negra, pero había una importante diferencia: las primeras

pretendían controlar los actos excesivos de los hombres con respecto a las mujeres, es decir, invertir el orden de subordinaciones sociales: un rico lenguaje de creencias y símbolos para oponerseles y dominarlos”. (Borja, 1998, p.297) Y en este cruce de prohibiciones y represiones, de desafueros y excesos, la sexualidad queda inscrita en el peligroso territorio de los delitos de fé, tanto por su vínculo con los excesos del placer y de la carne, como por sus relaciones con la hechicería, la yerbatería y la brujería.

.La aparición de la Inquisición consolidó la idea de delito de fé, y puso en riesgo de persecución a todos aquellos que pusieran en peligro la pureza de la tradición religiosa y del orden social que ella pregona. “Por lo tanto su acción se concentraba sobre los sospechosos no sólo de haber atentado de una u otra forma contra el dogma o la doctrina católica, sino también de haber escandalizado con su acción y un mal ejemplo al resto de la población. Situación que los convertía en individuos peligrosos y nocivos para la sociedad en general. (Splendiani, Sánchez y Luque, 1997, p,209)

Y es importante tener en cuenta que uno de los bastiones de la religión era la familia, y la mujer como madre y pilar de esta institución. Es mas, la única posibilidad de existencia social que tenía una mujer, que no se había consagrado a la vida religiosa, era la condición de esposa y madre. Pero en el escenario de sexualidades masculinas exacerbadas y polígamas, no era fácil consolidar este ideal impuesto por la iglesia. Así que una de las prácticas más comunes de la Santafé colonial, fueron las artes amatorias y adivinatorias, asociadas a prácticas de yerbatería orientadas a alterar las formas de acción y relación de los cuerpos masculinos.

Frente a los rigores del Tribunal y los temores propios de la época, las mujeres optaban por la trasgresión de las fronteras impuestas por la fé, para acceder a hechizos y artilugios que alteraran sus condiciones de vida. Las mujeres, fueron particularmente perseguidas por prácticas de hechicería y artes amatorias por el Tribunal, pues las pasiones y el uso de hierbas, filtros y perfumes mágicos, estaban catalogados como delitos de fe. Pero muchas de las mujeres procesadas, confiesan que eran mayores sus celos, dolores, rabias y deseos de venganza contra los hombres, que su temor al castigo, e incluso, mayores que el temor a Dios. “Desde esta perspectiva, el delito de fe nos permite establecer una conexión directa entre el inconformismo de quienes incurrieron en él, con la canalización y exteriorización de dicho inconformismo; (Splendiani, Sánchez y Luque, 1997, p,210)

Estos hechizos y prácticas amatorias se describen como aplicación del conocimiento de la acción de hierbas y flores sobre el cuerpo mismo. El uso de las hierbas y las flores se orientaba a alterar la voluntad, el deseo y la salud del cuerpo hechizado y a alterar el inconformismo y malestar del cuerpo provocador del hechizo. Es importante resaltar que esta acción se opera directamente por los sentidos de la proximidad: el gusto, el olfato y el tacto. Aunque parecieran menos graves, la hechicería y la yerbatería, eran igualmente perseguidas como delitos de fe, pues, “si la brujería representa un crimen imposible, la hechicería, la yerbatería y la condición de herbolario, representan acciones posibles y reales, porque hacen uso de medios naturales muchas veces efectivos, su eficiencia no siempre es sólo simbólica” (Ceballos, 1995, p.87)

En muchas crónicas, y en los registros de la Inquisición, se encuentran innumerables casos de envenenamiento, causa última y muy grave de las intervenciones con hierbas sobre los cuerpos coloniales. Según se registra en los archivos de las procesadas “frecuentemente las víctimas de sus hechizos eran los hombres, a saber sus propios esposos, sus amigos, sus amantes o simplemente ese alguien que en cualquier momento tendría que aparecer con el deseo de amarlas y protegerlas incondicionalmente. Sobre este aspecto y dentro de los fines pretendidos por ellas se destacan el deseo de “*tener ventura con los hombres*”, el de encontrar a alguien que “*la quisiera mucho y la regalase*”, o el evitar que determinado hombre las dejase” (Splendiani, Sánchez y Luque, 1997, p,211)

En este tipo de prácticas, el gusto y el olfato se relacionan directamente con la acción mágica sobre los deseos y los encuentros corporales. Los filtros, bebedizos, perfumes y ungüentos aparecen como las composiciones de sensibilidad que alteran los cursos del deseo. En los sentidos del tacto, gusto y olfato se consuma el delito de fe, el exceso de pasión, la trasgresión de la propia frontera de la feminidad permitida y legitimada por la sociedad colonial y se reconfigura la constitución de la masculinidad validada por el colectivo patriarcal y misógino.

Ante las prácticas de alteración del cuerpo a través de hechicería y yerbatería, las autoridades coloniales instauran un control panóptico, que busca neutralizar los ataques saporos y olorosos. Ser visto por todos y todas, ser expuesto ante la mirada pública hace parte del castigo de cualquier reo o señalado de delito de fe. Para cumplir con este fin, “en mitad de la plaza mayor de Santafé se levantaba la picota, cuya existencia era de rigor en las antiguas colonias españolas. El rollo de piedra que sería para exponer las cabezas de los condenados a la última pena, o los reos a la vergüenza pública, desempeñó en aquellos tiempos papel importantísimo” (Forero, 1938, p.45)

La sobreexposición de la vida a la mirada pública, se configura como una estrategia de la medusa, que paraliza los cuerpos y los priva de todo movimiento. “Todo, lo bueno lo malo, los castigos y las penas, las condenas y los nacimientos reales, los nombramientos y los bandos a fiesta, las convocatorias y decretos, todo ha de ser público y notorio “para que nadie pretenda ignorancia”, todo ha de ser público y notorio porque lo importante es el control del cuerpo social local” (Ceballos, 1995, p.112)

De esta forma, la inquisición fue invadiendo lentamente los hogares santafereños, los cuerpos de hombres y mujeres, los imaginarios colectivos, hasta lograr una entronización de la acción del Tribunal. La exposición del reo hacía partícipes a todos los vecinos del acto de juzgarlo y castigarlo por su delito. La inquisición instauró de esta manera una lógica de la mutua vigilancia y del juicio de la vida privada del otro, como forma de control social. “El escarnio público, entonces, era parte esencial del castigo y de la lección que debía brindar, escarmiento para el factor del delito, trasgresor del orden y ejemplo para los demás miembros de la sociedad.” (Ceballos, 1995, p.112)

Así pues, encontramos un panorama de cuerpos exacerbados y vigilados, de sabores tentadores y peligrosos, de olores que podían llevar “mensajes del diablo” y que eran capaces de anular la voluntad de un hombre. Cuerpos femeninos asediados y alterados por el abandono y la ansiedad de ser relegada por otra, celos exacerbados entre las diversas etnias y al interior de los mismos grupos. Mujeres rechazadas, despreciadas y a la vez *acumuladas* como las tierras y las riquezas que llegaban fácil y rápidamente. En medio de una ciudad con propensión a murmurar, como nos indica el historiador, una ciudad que se configura como centro y lugar de control de un extenso, complejo y convulsionado Nuevo Reino de Granada.

SINESTESIAS JUVENILES

De otra parte, los jóvenes entrevistados en el marco de la investigación referida en esta ponencia, han señalado elementos muy interesantes sobre sus lógicas sinestésicas y los vínculos con las diversas expresiones del cuerpo en la sexualidad. Una primera situación que resulta significativa para nuestro estudio, es el hecho de que los jóvenes, tanto hombres como mujeres, generan una asociación libre y espontánea entre el gusto y el olfato. Al referir las experiencias y lugares que ocupan los sentidos en las vivencias de sexualidad, gusto y olfato son los primeros sentidos en ser mencionados y, en la mayoría de los casos, aparecen vinculados, y con gran incidencia en las prácticas de sexualidad.

Para la mayoría de las mujeres esta conjunción aparece complementada con el tacto, que en términos generales, se asocia con la sensación de calor o calidez del cuerpo propio y del cuerpo del otro. En el caso de las mujeres, el calor es el factor que determina la posibilidad de goce de olores y sabores en la experiencia de la sexualidad. Incluso, varias emplearon la expresión literal “en frío no es posible disfrutar los olores y menos los sabores del cuerpo”, para referirse a un estado de poca excitación o conexión corporal. Este factor de la conexión resulta clave en el contacto y en la sensación de calor.

Según refieren la mayoría de las mujeres, la sensación de conexión es clave para participar y disfrutar del encuentro de cuerpos y, en general de las vivencias de la sexualidad. Esta sensación se refiere, según las entrevistadas, a una actitud compartida, a estar en el mismo ritmo y a lograr empatía con el otro cuerpo. La sensación de conexión está relacionada con la sensación de calor y calidez del cuerpo de la pareja. Al profundizar en este tema, encontramos que para las mujeres, la sensación física de calidez es la expresión directa de la calidez emocional y connota un vínculo profundo y cercano.

El calor activa la posibilidad de disfrute de los olores, en tanto genera una disposición del cuerpo y del estado de ánimo ante el cuerpo y los olores del otro. Para la gran mayoría de las entrevistadas, el calor es la expresión de vitalidad del vínculo mismo, es la muestra de que existe un contacto con el otro y de que los cuerpos están conectados. Para las mujeres jóvenes entrevistadas, no hay peor sensación que la frialdad bien sea física o emocional; la frialdad connota para ellas distancia, ausencia, apatía y poco interés por parte de la pareja. La frialdad también está asociada con un bajo nivel de deseo y esta situación genera encuentros incómodos y poco espontáneos.

Resulta significativo que, aunque “en frío los olores resultan molestos” para la mayoría de las entrevistadas, cuando entran en el calor del vínculo o cuando aumenta el calor del propio cuerpo, los olores resultan altamente estimulantes y aumentan el deseo sexual y la posibilidad de disfrute del encuentro de cuerpos. Aunque en este punto también es importante señalar que para las mujeres es difícil ingresar en la experiencia de la cercanía, de los olores y sobre todo de los sabores. Muchas de las jóvenes afirman que al iniciar su vida sexual sentían asco del olor del cuerpo de su pareja y vergüenza del olor de su propio cuerpo.

Sin embargo, estas jóvenes nos cuentan cómo el descubrimiento de estos olores y sabores del cuerpo del otro, de otra piel, de los órganos sexuales, del sudor y los humores de los cuerpos

agitados, les resultan altamente estimulantes. La mayoría de estas mujeres nos comentan que después de pasar un umbral de pudor y asco inicial, encuentran, muy para su sorpresa, que estos olores les gustan y que las llevan a niveles mayores de excitación y de goce. Este traspaso de los umbrales del pudor y el asco es una de las experiencias más significativas en esta experiencia sensible de las mujeres entrevistadas.

Cuando indagamos más sobre este aspecto, encontramos que la mayoría de estas jóvenes han decidido su iniciación sexual como un acto de autoreconocimiento, y como una posibilidad de hacerse dueñas de sus propias decisiones, de su cuerpo y de sus placeres. Por supuesto, en muchos casos ha pesado la presión del grupo, la situación del momento que propicia la iniciación, pero la mayoría de estas jóvenes han decidido asumir la decisión de su vida sexual en particular, como una forma de asumir su propia vida en general.

Para estas jóvenes es importante pasar el umbral de su pudor y del asco, ya que son conscientes de que estas dos sensaciones no les permitirían gozar del encuentro sexual ni de su propio cuerpo. Uno de las reflexiones más recurrentes de estas jóvenes, con respecto a su traspaso del umbral del pudor y el asco, tiene que ver con la búsqueda de una actitud más flexible y abierta, con la exploración de sus propios límites y con el reconocimiento de que llevan muchas cargas culturales que desean romper de manera voluntaria e intencional.

En relación con estas prácticas, el asco y el pudor son percibidos como actitudes “mojigatas y anticuadas” o en otros casos son leídas como rezagos de “rasgos infantiles que uno tiene que ir superando para poder madurar y crecer”. En este sentido, encontramos que uno de los valores asociados al olfato y al gusto, tiene que ver con la posibilidad de medir la propia capacidad para “atreverse a hacer cosas que a uno le parecen difíciles o muy atrevidas. A medida que uno hace algo, luego se atreve a hacer otras cosas más arriesgadas. Lo importante es tener la disposición para explorar cosas nuevas y diferentes”.

Por otro lado, encontramos que los hombres tienen una experiencia muy cercana con el olor en particular, asociada con el tacto, especialmente relacionada con la suavidad de la piel. En lo relacionado con los olores y la textura de la piel, los hombres manifiestan preferir una piel bien cuidada y el olor depende del tipo de relación en el que se encuentre. Si es un encuentro ocasional, no importa tanto. Mientras que si la relación es más cercana, los hombres expresan que su preferencia se relaciona con olores suaves, que no resulten tan exagerados, pero que expresen el olor natural del cuerpo.

Para los hombres es importante el tacto, en tanto la suavidad y en algunos casos la firmeza de la piel y de los músculos eleva el nivel de excitación de sus propios cuerpos. Resulta altamente significativo, que para los hombres, a diferencia de lo que señalan y creen la mayoría de las mujeres, la vista no es el sentido preponderante en los encuentros de cuerpos enmarcados en la sexualidad. Por supuesto, algunos hombres señalan que les gusta ver algún tipo de prendas o el uso de ciertos objetos en el cuerpo de sus parejas. Pero la mayoría de los jóvenes entrevistados afirman que en el encuentro sexual, la visión no es lo más importante.

Para muchos de los entrevistados, el olor propio del cuerpo resulta mucho más importante a la hora de un encuentro sexual, combinado con la actitud de la pareja. Si el cuerpo de la pareja se muestra tenso o distante, el encuentro sexual no resulta tan satisfactorio. Para los hombres es importante que la pareja se muestre dispuesta, interesada y conectada. Resulta importante que los hombres compartan esta percepción de la conexión a través del encuentro de cuerpo. En los jóvenes la conexión adquiere la connotación contradictoria del abandono de sí, “estar conectados no es estar pendiente de lo que está ocurriendo, sino al contrario, es dejarse llevar, perder el control de sí mismo y no pensar lo que se va a hacer o lo que está pasando”. La conexión, en este grupo de jóvenes, no se asocia a la atención puesta en el otro o en la situación, sino al abandono de la conciencia y de la actitud atenta a lo que ocurre.

Para los jóvenes participantes en el estudio, el olor de su pareja es esencial, es la expresión más sutil de la presencia y de los rasgos perceptibles del otro. Varios de los muchachos coinciden en que “uno puede mentir en muchas cosas, mostrar una imagen falsa, decir cosas que no son, maquillar cosas de la piel, pero el olor es de uno, no se puede mentir en el olor”. En relación con este punto, y al preguntar por la acción de los perfumes, que es mencionada por varios de los hombres, como un elemento clave en el gusto o la atracción por una pareja en los encuentros de sexualidad, se presentan diversas posiciones.

De un lado, encontramos los hombres que gustan de un cuerpo perfumado, porque les resulta mucho más estimulante y sensual. Y de otro lado, encontramos los hombres que prefieren un cuerpo con su olor natural, es decir, sin usar perfumes o colonias artificiales. Sin embargo, todos los hombres coinciden en que a la hora de un encuentro sexual, el olor del propio cuerpo emerge y se hace sentir, aunque se haga uso de perfumes. Según comentan los entrevistados “siempre hay un momento en que aparece el olor propio, el olor del propio cuerpo, y si ese olor es atractivo, es cuando uno puede decir que hay química con la pareja”.

En este punto encontramos una aporía sensible común a todos los jóvenes entrevistados, tanto hombres como mujeres. Ninguno de los entrevistados logró dar una descripción del olor del sexo o de los olores del cuerpo. Sin embargo, todos coinciden en que el olor es un factor determinante en el encuentro con el otro, y que define, entre otras, el nivel de placer, de conexión y de afinidad con la pareja. La condición de indescriptibilidad del olor va de la mano con su propia contundencia en el encuentro de cuerpos. El olor se puede traducir, en palabras de varios de los entrevistados en “la esencia del encuentro de los cuerpos”.

Esta condición de valoración de los olores y los sabores tiene implicaciones éticas y estéticas muy profundas. Ya vimos como para varias de las mujeres, esta experiencia del olor implica toda una reconfiguración de los propios umbrales y códigos de sensibilidad. La idea de lo limpio y ascético como ideales asociados al encuentro, se modifica, para dar paso a la vivencia más profunda y corporal de los olores y los humores. En este sentido, los entrevistados afirman que el olor implica una potencia casi animal, una fuerza que “no se puede controlar, uno no puede decidir el propio olor ni la impresión que a uno le causa el olor del otro. El olor es casi animal, y por eso es delicioso, porque lo arrastra a uno a la locura”.

Los jóvenes nos muestran una actitud y una serie de movimientos de sus cuerpos en pos de la esencia, del olor. Y también resulta significativo que la mayoría de los entrevistados afirma que el olor es un factor determinante en la selección de pareja y en la posibilidad de configurar un vínculo estable. Para muchos de los jóvenes, un olor “que resulte demasiado fuerte o que mueva como al asco, le quita a uno las ganas de todo, hasta de volver a ver a la persona”. Al profundizar en este aspecto, tanto hombres como mujeres se muestran muy inclinados a decidir y elegir la duración y características de un vínculo movidos por el olor del otro. En la sexualidad, el olor parece jugar un papel fundamental en las posibilidades de cercanía y profundidad de los encuentros.

Para la mayoría de nuestros entrevistados, el olor define hasta dónde llegan las prácticas y los afectos por ciertas personas. En muchos casos, los jóvenes participantes en la investigación, refirieron experiencias en las que alguien les gustaba mucho, pero en medio de la desnudez de los cuerpos, el olor de los órganos sexuales o de la piel sudorosa, “puede romper el encanto y acabar con el gusto de un solo golpe”. Estos jóvenes señalan que si el olor resulta desagradable el contacto puede interrumpirse, o hacerse más rápido y superficial. Es decir, “si el olor es desagradable no hay posibilidades de mas besos o de sexo oral, mucho menos de experimentar cualquier otra cosa”.

En este punto, podríamos pensar que las exploraciones y los límites de las prácticas de cuerpo y sexualidad de los jóvenes bogotanos, atraviesan por una serie de regulaciones de carácter olfativo, interrelacionadas con las diversas variaciones del sabor y del tacto. La experiencia del tacto oscilaría entre la suavidad y la calidez, como sensaciones y afectos concomitantes al cuerpo y al estado de ánimo. En este régimen de sensibilidad, la visión pierde supremacía, para pasar a un lugar de suspensión o acción interrumpida.

En relación con este tema, encontramos que la mayoría de las mujeres cree que los hombres están determinados por la visión en la selección de sus afectos. Casi todas las entrevistadas afirman que los hombres “se dejan llevar por lo que ven. Para ellos es más importante el físico y la forma en que uno se vea. Mientras que para uno el gusto tiene que ver con otras cosas”. Afirmaciones de este tipo fueron recurrentes entre las mujeres, quienes además incluían un cierto reproche a los hombres por considerar que son superficiales y demasiado apegados al físico a la hora de elegir pareja. Las mujeres también reprochan el hecho de que, según ellas, los hombres “no valoran la belleza interior ni entienden que la belleza es muy diversa. No todas las mujeres tienen que ser modelos flacas o con medida de reinas”.

Sin embargo, resulta muy significativo el hecho de que los hombres son insistentes en que para ellos lo más importante, a la hora de elegir una pareja sexual, bien sea estable o transitoria, es “la actitud, que haya algo atractivo en el cuerpo de la otra persona, que haya química, o sea, fuerza de atracción, es como algo animal, es difícil de describir, pero no tiene que ver con la delgadez o el físico como creen las mujeres”. Para la mayoría de nuestros entrevistados, la selección de pareja sexual está relacionada con una serie de factores como la empatía, la vinculación con gustos muy particulares e individuales, y, en contravía de lo que afirman las mujeres, con detalles de actitud y de personalidad.

Cada hombre tiene su código de deseo, alimentado por supuesto por una serie de matrices culturales; sin embargo, es importante señalar que los hombres insisten en que las mujeres son las que están obsesionadas por su físico. Muchos de los hombres afirmaron, que incluso, no les gustan las mujeres tan delgadas, y que “por supuesto a un hombre le gusta mirar, es hasta una costumbre, pero para tener novia o ir a la cama con alguien uno tiene en cuenta otras cosas, que son muy importantes. Por ejemplo el olor, que puede resultar muy sexy y seductor”.

En lo que tiene que ver con la actitud, los hombres jóvenes consideran que una mujer resulta mucho más atractiva cuando se muestra segura y dispuesta a participar del encuentro sexual. En este punto, encontramos que muchos de los hombres consideran que los peligros de contagios de enfermedades sexuales (empezando por el SIDA), implica una necesidad de regular la cantidad de parejas con las que se comparte la sexualidad. Por esta razón, los jóvenes prefieren tener una buena relación con una sola mujer, pues les parece mas seguro, desde el punto de vista de su propia salud sexual.

Este es un aspecto clave en los cambios de rol y actitud de los hombres jóvenes frente al tema de la promiscuidad y las relaciones ocasionales. El temor al contagio hace que los jóvenes prefieran una pareja “integral, con quien uno pueda satisfacer y disfrutar del cuerpo y de la sexualidad, pero con quién también pueda uno tener una buena relación de camaradería, de amistad, de complicidad”. Esta perspectiva de la relación integral, genera que los hombres valoren en una mujer la capacidad de participar y disfrutar de la sexualidad. Muchos de los jóvenes mencionaron que no les gusta una mujer demasiado pasiva o temerosa porque “el placer se vuelve una responsabilidad o mejor una carga exclusiva del hombre y no hay respuesta de la pareja”.

Esta idea del placer como carga, aparece en muchos de los hombres, quienes consideran que el goce de cuerpos “debe ser un encuentro, un juego compartido y no una obligación de uno sólo”. Esta valoración de la actitud participativa, e incluso propositiva de la mujer, se corresponde con la necesidad expresada por las jóvenes de lograr superar los pudores, ascos y estereotipos de la mujer pasiva y pura que no puede acceder al placer porque se puede arriesgar su reputación. En este punto, muchas mujeres señalan que “la idea de que la decencia de una mujer se definía por su pasividad en la sexualidad es una idea machista y anticuada”.

Este aspecto resulta un núcleo significativo de transvaloración en las prácticas de cuerpo y sexualidad de los jóvenes. Para las mujeres, la idea de la virginidad como valor femenino, es reemplazada por la idea de la mujer responsable y honesta en su sexualidad. Esta responsabilidad se expresa en actitudes como “fidelidad, respeto por el otro, conciencia y claridad en la situaciones que pueden generar un embarazo o situaciones comprometidas para los miembros de la pareja”. Mientras que la honestidad se expresa en actitudes como o “decir francamente lo que te gusta o te molesta, no ocultar ni negar la vida sexual y sobre todo, respetar la historia propia y de la otra persona”.

Sin embargo, muchas mujeres afirman que todavía les cuesta mucho trabajo lograr que estos valores se traduzcan en acciones coherentes con los marcos éticos que plantean. Es muy importante señalar que para la mayoría de las mujeres, el afecto negativo más frecuente en sus relaciones y prácticas de sexualidad son los celos. Aunque circula de manera muy fuerte el discurso por el respeto por el otro, los celos se convierten en una pasión que determina y origina la mayoría de los conflictos de las parejas. Las mujeres afirman que todavía “cuesta mucho trabajo aceptar que la otra persona tenga su propia vida o que en algún momento la relación llegará a su fin, o peor aún, que no pase de ser un encuentro sexual sin trascendencia”

EL CONTRAPUNTO GENEALÓGICO

Muchas mujeres jóvenes relatan que los celos se convierten en una fuerza negativa que transforma la alegría del encuentro en desasosiego y desesperación, que convierte una sospecha en rabia y tristeza y que “lo lleva a uno a ser agresivo y a querer controlar al otro en todo momento”. La mayoría de las mujeres sospechan que los hombres son demasiado infieles y poco comprometidos. Adicionalmente, consideran que hay muchas mujeres que no respetan las relaciones que “le pueden quitar a uno la pareja sin ningún respeto”. En este tipo de afirmaciones encontramos una fuerte tendencia a las relaciones como expresiones de la necesidad de poseer y adueñarse del otro. Esta situación, fractura la seguridad en sí misma y la confianza llevando la sexualidad a extremos conflictivos y tensionantes.

Algo similar les ocurre a los hombres, quienes expresan que los celos son una situación muy difícil de manejar y que puede llegar a extremos tormentosos. Varios de los jóvenes expresaron que los celos son inmanejables y que “se puede uno convertir en un animal, en alguien que actúa sin pensar, sólo llevado por la ira y la locura”. Resulta muy dicente que varios de los jóvenes relacionan los celos con lo irracional y lo animal, tal como ocurre con los olores. Y es importante señalar que encontramos una fuerte tendencia a considerar que los hombres pueden tener varias parejas porque “así es uno, los hombres tenemos otra forma de hacer las cosas. Pero una mujer que haga eso se expone a perder el respeto y el valor como mujer”. En esta medida, los celos de la mujer se perciben como una exagerada manera de controlar, mientras que los celos de los hombres son justificados como reacciones ante una ofensa o un agravio por parte de la pareja.

Otro elemento que resulta importante de este tema, es la percepción de los jóvenes, tanto hombres como mujeres, de que los celos son una situación vivida y padecida en sus hogares. La mayoría de

los entrevistados expresa que “los celos son una de las causas mas frecuentes de peleas y situaciones difíciles entre mis papás. Es una situación muy angustiante para todos, y yo siempre pensé que era lo peor. Pero también me pasa”. Frente al tema de los celos y la frecuente indicación de que “resulta imposible controlarlos” indagamos por la dificultad de los jóvenes para enfrentar esta situación. La mayoría de nuestros entrevistados y entrevistadas indican que “nadie le enseña a no a manejar estas situaciones, uno no sabe qué hacer y en realidad resulta una situación muy dura, porque uno está sufriendo y le parece que todo es una tragedia” además de que “uno siempre ha visto que los celos terminan en tremendas escenas y conflictos, que casi siempre son insuperables” al preguntar dónde se perciben estas situaciones de imposibilidad de controlar los celos, los y las jóvenes señalan que “a uno le gustaría cambiar y dejar de sentir celos, confiar y respetar a la pareja, pero cuando ocurre algo que los dispara ya no se pueden controlar”.

Desde esta perspectiva, las mujeres, en particular, se presentan en medio de una contradicción, en la que renuncian a modelos de feminidad y a códigos de valores tradicionales y patriarcales, pero siguen ancladas en la necesidad de poseer al otro y de una relación en la que se configuren como dueñas de la pareja, en aras de la seguridad y la sensación de bienestar. En este punto, se presenta el gran nodo de conflicto de los encuentros de sexualidad. La idea de que ingresar en un encuentro sexual implica la consolidación de un compromiso o la necesidad de consolidar una relación afectiva estable, genera diversos tipos de conflictos en el encuentro de cuerpos y afectos que implica la sexualidad.

En medio de estas configuraciones de sensibilidad, nos enfrentamos a una serie de contradicciones, puntos atávicos y lugares de reconfiguración de las prácticas de cuerpo y sexualidad. Resulta muy importante el hecho de que los hombres indican variaciones en sus marcos de valoración de la pareja y las mujeres expresan giros importantes en su auto percepción y prácticas como sujetos de sexualidad. Sin embargo, la pregunta de los jóvenes resuena como un cuestionamiento a varias generaciones de cuerpos que se dejan arrastrar por los celos y los deseos de poseer al otro, aún a riesgo de ingresar en prácticas de agresión y maltrato: ¿Cómo podemos aprender y enseñar a nuestros jóvenes a manejar los conflictos y las pasiones posesivas y agresivas de los celos extremos?.

Considero que los regímenes de sensibilidad de estos jóvenes podrían estar señalando una recomposición en las relaciones de proximidad, en las que el olfato y el gusto inauguran nuevos escenarios de relación y de constitución de subjetividades diversas, que alteran los mapas y los

transcursos del género y de la sexualidad. Pero los conflictos y las tensiones que señalan, cuando la mayoría de ellos indica que sus padres son una pareja poco respetuosa, cariñosa o solidaria y que “lo último que uno desea es tener una pareja como la que ha visto y vivido en la relación de sus padres”, nos muestra una herida latente, antigua y poco revisada.

Muchos de los entrevistados y las entrevistadas en este proceso de investigación, nos han indicado sus contradicciones y dolores en la construcción de sus propios escenarios y prácticas de sexualidad. Y el mayor temor es el error, la inexistencia de referentes y de guías sobre los nuevos lugares de encuentro y de construcción de las relaciones y los afectos. En una sociedad con dramáticos índices de maltrato y violencia familiar, en una sociedad con altos índices de muerte por celos y crímenes pasionales, cómo configurar alternativas de resolución o de elaboración de los nudos asociados a las celotipias extremas, que parecen venir desde tiempos inmemoriales?

Considero que es tiempo de generar espacios y prácticas de relación que rompan con la tradición que se anuncia desde la colonia en el antiguo dicho registrado por los cronistas: “al pie de la letra la coplilla que desde tiempo imemorial se recuerda en los hogares santafereños: en ocasión tan estrecha, sufrir y aguantar la mecha; y si la mecha es de estopa, sufrir y callar la boca” (Forero, 1938, p.44). En muchos casos la sexualidad juvenil se señala como un escenario problemático, e incluso peligroso. Pero pocas veces tomamos el tiempo y la actitud necesaria para reconocer los esfuerzos éticos que hacen estos y estas jóvenes para enfrentar conflictos instalados en su entorno y en su cuerpo desde generaciones previas.

La visión de los jóvenes coincide con las reflexiones del cronista que relata los graves problemas ocasionados por los celos de los santafereños: “Calificaba la situación de los celos pasionales como el resultado de las visiones imaginarias ocasionadas por ilusiones del demonio que le hacía creer como verdadero lo fingido, porque estas son las ganancias de los que andan en malos pasos”. Y en este punto, cabe preguntar, ¿cuáles son los cambios que se han dado en la elaboración de los celos de una cultura que guarda altos niveles de agresividad en la escena de lo privado? Este interrogante, latente en los reclamos de los jóvenes a los adultos, implica un fuerte núcleo ético, que requiere de nuestra revisión y trabajo de transformación sensible.

Finalmente, podemos concluir que nuestros jóvenes muestran tendencias de transformación en sus relaciones de proximidad e intimidad, pero la articulación de esta esfera, con la vida pública todavía se hace sobre tradiciones y costumbres atávicas que resultan nocivas para las relaciones y la consolidación de nuevas formas de subjetividad. Según manifestaron, de común acuerdo, nuestros entrevistados consideran que la práctica de la intromisión en la vida privada y la tendencia a juzgar

y castigar al otro por sus relaciones afectivas es muy frecuente en nuestra ciudad. Tanto hombres como mujeres, expresaron su malestar por las críticas y juicios de sus familiares, amigos y amigas, conocidos y hasta de los extraños, “que se sienten con derecho a opinar e intervenir en la vida privada de las personas”.

Según nos cuentan los jóvenes entrevistados, esta situación genera mucha tensión, malestar y hasta angustia, en tanto el juicio se puede traducir en prácticas de exclusión o de agresiones, muy diversas. Según parece, la tendencia a mantener la picota y el escarnio público, se mantiene como forma de regulación de las fronteras entre lo público y lo privado. Tal parece que la lógica del Tribunal y del castigo por las prácticas de la vida privada no se extinguió con la desaparición de la Inquisición. Y la conclusión de los jóvenes frente a este tema, es que la tendencia a invadir la vida privada o a juzgar la intimidad ajena, impiden que cambios mas profundos y significativos se operen en las prácticas de sexualidad.

Frente a este tema, los jóvenes manifiestan que las posibilidades de expresar los afectos de formas diversas o de asumir roles diferentes en la vida privada, se ve truncada por el temor al escarnio público o al juicio de los demás. En este punto, podemos afirmar que las mujeres se muestran como las grandes transgresoras dentro de un orden que orienta un fuerte arsenal de estrategias de control sobre la sexualidad femenina. Así como las mujeres de la colonia se arriesgaron a la ruptura de la norma a través de la hechicería, las mujeres jóvenes entrevistadas nos dan pistas de transgresiones de la norma a través de los olores y sabores del cuerpo, en una nueva alquimia de los cuerpos.

Siguen abiertos los interrogantes por las posibilidades de transformar los enlaces de la vida privada con la vida pública, de cara a la configuración de un escenario vital mas respetuoso y equitativo. Porque en últimas, el desenfreno de los celos y de las pasiones violentas que los acompañan, nacieron en la colonia, de la mano de la picota y del escarnio público como forma de castigo y de control de la sensibilidad. Y en este punto, el tema de los celos y de las relaciones de proximidad de los cuerpos, aparece como un escenario potencial de transformación social, en una ciudad con altos índices de agresión y muerte por dramas pasionales, con graves problemáticas de maltrato intrafamiliar, y se hace urgente la recomposición de protocolos éticos, que permitan una articulación coherente de los cambios en la intimidad, con los cambios en lo público. Y en este orden de ideas, sería clave que los proyectos y programas de educación para la sexualidad, asumieran el desafío político de una pedagogía de los afectos, que nos permita reconfigurar nuestra intimidad, de cara a los nuevos roles y posibilidades de acción y expresión de hombres y mujeres de una ciudad del siglo XXI, que explora nuevas alternativas para vivir, convivir y amar.

Bibliografía

- Bermudez, José Alejandro. (1925). A través de la antigua Santafe. Bogotá. Cromos
- Borja Gómez, Jaime. (1998). Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada. Santafé de Bogotá: Ariel Historia.
- Ceballos G, Diana. (1995). Hechicería, brujería e inquisición e el Nuevo Reino de Granada. Un duelo de imaginarios. Colombia: Editorial universidad Nacional.
- Forero, Manuel Jose. (1938) Selección de tradiciones Santaferenas. Bogotá: A.B.C Editores
- Julián, Antonio. (1994). Monarquía del diablo en la gentilidad del Nuevo Mundo Americano. Santa fe de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Salles-Reese, Verónica (Editora). (2005). Repensando el pasado, recuperando el futuro: nuevos aportes interdisciplinarios para el estudio de la América colonial. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Silva, Renán José. (2004). Saber, cultura y sociedad en el Nuevo Reino de Granada siglos XVII y XVIII. Bogotá: la carreta editores E.U
- Splendiani, Anna María; Sánchez B. José E; Luque de S, Emma C. (1997). Cincuenta años de inquisición en el Tribunal de Cartagena de Indias: 1610-1660 Bogotá : Centro Editorial Javeriano, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica,